

Unidad II

Ponce inicia el proceso que había de llevarlo al marxismo. Y lo realiza con la eficacia que de su talento y la rígida disciplina de estudioso que se imponía a sí mismo, permitían esperar. La primera obra en que el método marxista –el materialismo dialéctico- aparece con toda nitidez es Educación y lucha de clases, libro que resume el curso dictado por Ponce en 1934, en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Lo que caracteriza a Educación y lucha de clases es la rigurosa y metódica exposición del medio en que el hombre se educa e instruye. La estructura del medio social condicionó las formas de la educación y de la adquisición de conocimientos. Primera y fundamental comprobación que el examen del proceso histórico permite establecer, para no caer en la estéril metafísica de analizar la educación en sí, la instrucción en sí y la ciencia en sí. Es siempre la educación, la instrucción y la ciencia, que nacen y se desenvuelven en un medio social que las condicionan. Lo concreto, punto de partida de lo abstracto y lo abstracto que vuelve a lo concreto, como expresión de un proceso indisociable en la realidad del aprendizaje. Materialismo dialéctico –es decir, proceso mental de una realidad existente- que para existir no necesita ser pensada, pero a cuyo conocimiento no se llega, sino a través del pensamiento de esa realidad; y materialismo histórico, en cuanto se aplica a la formación social del hombre. Esta concepción informa los ocho capítulos que integran Educación y lucha de clases, con el estilo inconfundible, vigoroso y diáfano de Ponce. En el primer capítulo, “La educación en la comunidad primitiva”, Ponce estudia brevemente la estructura de la comunidad primitiva, siguiendo los conceptos básicos establecidos por Morgan en su “sociedad primitiva”, como resultado de su investigación sobre el modo de vida de los iroqueses, indios norteamericanos. Las características esenciales de esta sociedad primitiva, establecidas por Morgan, son la comunidad de bienes, la consanguinidad, la igualdad de derechos y obligaciones de sus componentes, lo que implica la forma más elemental y a la vez más nítida de democracia. Esta es la gens de Morgan, que estudios ulteriores probaron constituía, en todos los sitios habitados, la forma primordial de asociación humana –en el estadio inicial- que Morgan ha denominado salvajismo. 1 En esta asociación primaria y elemental están en germen lo que aparecerá, luego de largos períodos de tiempo, como estadios más desarrollados que van de la barbarie a la civilización y, que se expresan en la invención instrumental que asegura un mayor dominio del hombre sobre la naturaleza, una división progresiva del trabajo, que implica aprendizaje, y un ordenamiento jurídico y político que traduce en normas aquellos elementos básicos de toda asociación humana. Lo que Marx sintetiza genialmente en lo que denomina infraestructura y superestructura, con mucha antelación a los descubrimientos de Morgan; que son una confirmación de la concepción materialista del desarrollo social.

Ponce estudia el hecho de la educación en este ambiente primitivo. Igualdad de derechos y deberes, igualdad de sexos; la mujer no está subordinada al hombre: “La dirección de la economía entregada a las mujeres no era como entre nosotros un asunto privado, sino una verdadera función pública, socialmente tan necesaria como la de proporcionar los víveres a cargo de los hombres.” “Si en la comunidad primitiva las mujeres estaban con respecto a los hombres en un mismo plano de derechos, los niños no les iban a la zaga. Hasta los siete años, a partir de los cuales debía ya vivir a sus expensas, el niño acompañaba a los adultos en todos los trabajos, los compartía en la medida de sus fuerzas y recibía como recompensa iguales alimentos que los otros. La educación no estaba confiada a nadie en especial,

sino a la vigilancia difusa del ambiente. Gracias a una insensible y espontánea asimilación de su contorno, el niño se iba conformando poco a poco dentro de los moldes reverenciados por el grupo. La diaria convivencia con el adulto lo introducía en las creencias y las prácticas que su medio social tenía por mejores. Desde las espaldas de la madre, colgado dentro de un saco, asistía y se entremezclaba a la vida de la sociedad, ajustándose a sus ritmos y a sus normas, y como la madre marchaba sin cesar de un lado para otro y la lactancia duraba varios años, el niño adquiría su primera educación sin que nadie lo dirigiera expresamente.” La misión del adulto se limitaba a indicar, en caso necesario, el comportamiento adecuado a circunstancias determinadas. “En el lenguaje grato a los educadores de hoy, diríamos que en las comunidades primitivas la enseñanza era para la vida por medio de la vida; para aprender a manejar el arco, el niño cazaba; para aprender a guiar una piragua, navegaba. Los niños se educaban participando en las funciones de la colectividad. Y porque participaban en las funciones sociales se mantenían, no obstante las diferencias, a un mismo nivel que los adultos.” Entregados a su propio desarrollo –o *bildung*, como dirían siglos más tarde Goethe y Humboldt-, los niños no dejaban por eso de convertirse en adultos acordes a la voluntad impersonal de su ambiente; adultos tan idénticos a todos los otros miembros de la tribu que Marx decía con justicia que aún se encontraban ligados a la comunidad, por un verdadero <>. “Este hecho me parece de una importancia tal como para merecer que nos detengamos un instante. Si los padres dejaban a los niños en completa libertad, ¿cómo todos los adultos resultaban idénticos? Si no existía ningún mecanismo educativo especial, ninguna <> que imprimiera a los niños una mentalidad social uniforme, ¿en virtud de qué la anarquía de la infancia se transformaba en la disciplina de la madurez? Estamos tan acostumbrados a identificar a la Escuela con la Educación y a ésta con el planteo individualista en que interviene siempre un educador y un educando, que nos cuesta no poco reconocer que la educación, en la comunidad primitiva era una función espontánea de la sociedad, en su conjunto, a igual título que el lenguaje o la moral. Y así como resulta evidente que el niño no debe concurrir a ningún instituto para aprender a hablar, debe resultarnos no menos evidente que en una sociedad en la cual la totalidad de los bienes están a la disposición de todos, puede bastar la silenciosa imitación de las generaciones anteriores para ir llevando hacia un mismo cauce común las inevitables desigualdades en los temperamentos. * “¿Diremos por eso que el primitivo no recibía una educación de acuerdo a su naturaleza? Si por <> se quiere expresar la <> del hombre tal como aparecería al sustraerlo de las influencias sociales, salta a los ojos lo absurdo de la pregunta. Jamás, en ningún momento, se ha dado un hombre en tales condiciones. El hombre, en cuanto es hombre, es social; es decir, está siempre modelado y configurado por un ambiente histórico, del cual es imposible desprenderlo.”

Este pensamiento de Ponce, es básico y esencial en el materialismo histórico. Ya Marx, en 1845, lo había enunciado con toda claridad en su Tesis sobre la filosofía de Feuerbach. Así, en la sexta tesis decía: “Feuerbach resuelve la esencia religiosa en esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto, innato en el individuo. En su realidad –la esencia humana- es el conjunto de las relaciones sociales. Feuerbach, que no se adentra en la crítica de esta esencia, está obligado: 1o) a abstraer del curso histórico y fijar el sentimiento religioso en sí, y a presuponer un abstracto, aislado, individuo humano; 2o) en él la esencia humana puede ser concebida sólo como <>, como una universalidad íntima, muda, que vincula solo naturalmente muchos individuos.” Y en la séptima tesis completa estos conceptos diciendo: “Feuerbach no ve, por lo tanto, que el <> es, también él, un producto social y que el

individuo abstracto que él analiza, pertenece en realidad a una determinada forma social.” “El hombre – continúa Ponce- de las comunidades primitivas tenía, él también, su concepción del mundo, aunque nunca la hubiera formulado expresamente. Esa concepción del mundo que a nosotros nos parece pueril, reflejaba, por un lado, el ínfimo dominio que el primitivo había alcanzado sobre la naturaleza y, por el otro, la organización económica de su tribu, estrechamente vinculada a ese dominio. Puesto que en la organización de la comunidad primitiva no se conocían ni rangos ni jerarquías, el primitivo supuso que la naturaleza estaba organizada en igual forma; su religión fue por eso una religión sin dioses. Los primitivos creían, en efecto, en fuerzas difusas que impregnaban a todo lo existente, de la misma manera como las influencias sociales impregnaban a todos los miembros de la tribu. 2 “De esa concepción del mundo –la única posible de una sociedad rudimentaria en que todos los miembros ocupaban un sitio igual en la producción- derivaba lógicamente el ideal pedagógico al cual los niños debían ajustarse. El deber ser en el cual está la raíz del hecho educativo, les era sugerido por su medio social desde el momento mismo de nacer. Con el idioma que aprendían a hablar recibían una cierta manera de asociar o de idear; con las cosas que veían y con las voces que escuchaban, se impregnaban de las ideas y los sentimientos elaborados por las generaciones anteriores, se sumergían de manera irresistible en un orden social que los influenciaba y los moldeaba. Nada veían, nada sentían, sino a través de las maneras consagradas en su grupo. Su conciencia era un fragmento de la conciencia social, y se desenvolvía dentro de ella, de modo tal que antes de que el niño bajara de las espaldas de la madre habían recibido de manera confusa todavía, pero con relieves ponderables, el ideal pedagógico que su grupo consideraba fundamental para la propia existencia. ¿En qué consistía ese ideal? En adquirir, hasta hacerlo imperativo como una tendencia orgánica, el sentimiento profundo de que no había nada, absolutamente nada, superior a los intereses y a las necesidades de la tribu. 3 “Si deseáramos ahora ir marcando jalones que serán decisivos para el desarrollo de este curso, podríamos decir que en una sociedad sin clases, como la comunidad primitiva, los fines de la educación derivan de la estructura homogénea del ambiente social, se identifican con los intereses comunes al grupo y se realizan igualitariamente en todos sus miembros de manera espontánea e integral; espontánea en cuanto no existe ninguna institución destinada a inculcarlos; integral, en cuanto cada miembro incorpora más o menos bien todo lo que en dicha comunidad es posible recibir y elaborar.”